

¿Es Dios demócrata?

¿Cómo estamos olvidando poner frente a frente el término más sagrado de la actualidad, cual es el de *democracia*, y el que tradicionalmente más sagrado ha sido, el de *Dios*? Al preguntarnos si Dios es demócrata nos vemos obligados a buscar *el núcleo originario de la democracia*, pues claro es que Dios no se somete al procedimentalismo circunstancial de las instituciones democráticas. Este núcleo es el de *los valores morales de la persona humana en su vida social*. Desde esta perspectiva se da *una sintonía entre los valores centrales de la democracia, diálogo, amor y libertad, y los del relato judeocristiano sobre Dios, un relato impulsor de estos mismos valores*.

I) ¿CABE LA PREGUNTA?

Doblemente osada parece a primera vista nuestra pregunta: ¿Es Dios demócrata? Para empezar, *Dios es el misterio por excelencia*. Pero, curiosamente, el Misterio es quien ha de iluminarnos. Quien en tantos credos viene proclamado «luz de luz», resulta el misterio de los misterios. Y cuanto más se revela el Misterio, mayor misterio se torna.

De otro lado, *el concepto «democracia» sufre en nuestros días una espesa confusión de significado*. Hoy casi todos hablan de democracia y la vitorean, pero apenas se muestra una concepción mínimamente clara y profunda sobre ella. Si acaso fueran pocas las dificultades de

ambos términos por separado, el de Dios y el de democracia, *su insólita unión* hace suponer una relación imposible o forzada.

Ahora bien, *nuestra actividad personal y social está vigorizada por la imagen que sintamos o neguemos de Dios*. Distinguimos las profundas diferencias culturales y axiológicas derivadas de las distintas religiones. Las religiones y sus respectivos dioses son *forma de los pueblos*, si bien es cierto también que los pueblos configuran las religiones en mayor o menor grado, como ya advirtiera Jenófanes¹. A su vez, *el individuo* presencia cómo sus diferentes estadios de religiosidad o irreligiosidad cambian su vida. El mismo *filosofar*, que no deja de ser un hacer y un vivir, ha tenido siempre una piedra de toque en su postura ante Dios: sobre Dios y el hombre, sobre Dios y el mundo. *Filosofar es pensar en libertad la libertad y ésta se juega en nuestra relación con el Absoluto: ¿nos aplasta el Absoluto?, ¿nos deja a la intemperie?, ¿se comparte con nosotros? Así pues, una realidad tan social, tan personal y tan filosófica como la democracia no ha de quedar indiferente a la cuestión sobre Dios*.

De todas formas, la pregunta conecta *dos conceptos con una diferente valoración en la actualidad*. «Dios» siempre ha sido la voz sagrada por excelencia, y todavía no se la puede relevar de tal puesto. Hoy, sin embargo, en muchos ambientes «Dios» es un término cuya valoración se encuentra a la baja, mientras que el de «democracia» se muestra al alza y en expansión. Habrá quien se plantee si nuestra pregunta no representa un anacronismo que mezcla un término del pasado, superado en filosofía, con otro que rezuma porvenir y prestigio, y es utilizado para dar una apariencia más atractiva y moderna al primero. Lo cierto es que *tal anacronismo no existe* y que *a Dios no le hace falta revestirse de moda alguna*. Otra cosa es que en los signos de los tiempos podamos leer algún aspecto nuevo.

1 Cf. De Colofón, Jenófanes, Fr. 14, Clemente, Strom. v. 109, 2, en G. S. Kirk y J. E. Raven, *Los filósofos presocráticos*, Madrid, 1981.

II. APARTANDO EQUÍVOCOS

Llegados a este punto, se imponen *unas precisiones terminológicas, si no queremos acabar en una respuesta simplista y superficial*. Se podría despachar la cuestión apelando a que no se mezcle «religión» y «política», y a que la religiosidad es indiferente para ser demócrata. O bien algún neoilustrado podría esgrimir que, el sentimiento de dependencia respecto de un Absoluto fanatiza e impide la democracia. Le parecería fácil recurrir al ejemplo del «típico musulmán fanático» o al del «típico católico de derechas», recreándose en la pseudoconclusión de que la mayoría de las guerras son religiosas. Incluso a más de uno resultaría incompatible la democracia, plural y aconfesional, con la «teocracia», más o menos expresa, de cualquier dios con pretensiones de «Rey», como se sufriera en la «oscurantista Edad Media». Ya Pilatos temió no ser amigo del César, si permitía vivir al Rey de los judíos².

Sin embargo, *la democracia es mucho más que un procedimiento político y el Reino de Dios, irreducible al kantiano «reino de Dios sobre la tierra», es de un tenor muy diverso, aunque no totalmente ajeno, al de nuestros gobiernos humanos.*

Buena parte de los equívocos y respuestas simplistas procede de una incomprensión del concepto de «misterio», tan frecuentemente confundido bien con el de «problema», bien con el de «rareza de ultratum-

2 Un ejemplo claro de incomprensión frente al potencial democrático de una religión como la cristiana es el de *Hans Kelsen*, en su réplica a Maritain (Kelsen, H., *I fondamenti della democrazia*, Bolonia, 1984). Con una mente más sociológica que filosófica, carece del menor sentido hermenéutico. Se oculta aspectos esenciales de lo que desea criticar.

Frente al tópico de «católico de derechas» despierta un contraste el análisis de Rafael Díaz-Salazar (cf. *La izquierda y el cristianismo*, Madrid, 1998) sobre cómo la cultura moral del cristianismo puede fecundar políticas basadas en la democracia económica, la lucha contra la exclusión social, el internacionalismo solidario, la regulación ecológica de la sociedad y la creación de un nuevo sujeto social. Ya alguien tan poco sospechoso de reconocer méritos al cristianismo como Nietzsche consideraba el socialismo y la misma democracia como proyecciones de la fe cristiana. Piénsese, además, en *Utopía* de Tomás Moro o en *La ciudad del Sol* de Campanella. En fin, no se trata de acuñar un tópico contrario, el de «católico de izquierdas», sino de abrir horizontes al pensamiento.

ba». Aunque sea en pocas palabras, distingamos qué es un misterio de la vida humana, en sí misma ya un misterio. El misterio crea fascinación, y no una preocupación o un mero quebradero de cabeza, como hace un problema. En segundo lugar, mientras que el problema consiste en una dificultad práctica, propia del orden del tener (cosas), el misterio presenta un desafío teórico y sentimental, contemplativo, que afecta al orden del ser (persona). Por fin, advertimos que en tanto el misterio permanece abierto, por más que se ilumine y revele, el problema accede a una posible resolución o a un cierre definitivo al concluirse su insolubilidad.

Otra fundamental fuente de malentendidos se sitúa en la distinción entre filosofía y teología, sobre todo cuando ésta razona con datos o ejemplos tomados de relatos de religiones históricas o libros sagrados. *La filosofía siempre ha sido y seguirá siendo una fenomenal escrutadora de posibilidades racionales en torno a las últimas causas del todo.* ¿Son menos filosóficos Agustín o Averroes, cada uno a su manera, afirmando la creación del mundo que Nietzsche negándola y anteponiendo un eterno retorno? ¿Tiene éste mayor apoyo científico? Cuando una cuestión sea filosófica, escuchemos todas las voces con argumentos sólidos y sugerentes, si al menos abren posibilidades.

Dios y su Reino, para nada excluibles de la democracia, han de abordarse como misterios. De ahí que, *la filosofía, sin presuponer precipitadamente la verdad de una fuente confesional, ha de estar abierta a considerar las sugerencias de las doctrinas que mejor han razonado sobre tales misterios, se reconozcan o no como confesionales.* Kierkegaard y Jaspers son buenos ejemplos de tal óptica.

III. LA PERSONA, SUS VALORES Y EL CONCEPTO ÉTICO DE LA DEMOCRACIA

Centrándonos en la cuestión: ¿dónde reside la democracia o poder del pueblo? ¿Radica en las estructuras o instituciones políticas fundadas por las personas, dirigidas por las personas y encaminadas, según el criterio demócrata, a enseñorear y beneficiar a las personas?

La democracia, en contra del formalismo ilusorio de los Ke1sen o Bobbio, se predica ante todo de quien ante todo puede ser demócrata: *la persona*, con su riquísimo contenido humano o divino³.

Tan variada riqueza requiere una nueva acotación. La democracia radica en la persona, pero ¿acaso principalmente en alguno de los ámbitos personales? Sí, justo en el más personal. Veámoslo desde el elemental sentido etimológico y clásico de democracia: consiste en que el pueblo sea dueño del poder, en que se autogubierne, en que sea poderoso. Ahora, ¿cuándo un pueblo, que es una sociedad histórica y cultural de personas, resulta realmente poderoso? ¿De qué poder primordial se trata? No ha de ser otro que el del poder de ser pueblo, y, por tanto, el poder de ser persona, que no es sino el de *la libertad personal*.

El misterio de la libertad se cifra en el poder de ser el que se puede llegar a ser en cuanto persona. Estructura en la autorrealización personal, que no parte de la nada, pues la nada no se autorrealiza. Parte de una naturaleza humana extremadamente flexible ante las vías por seguir y el grado de intensidad con el que desarrollarse, y, a la vez, bien definida en cuanto a las aspiraciones y a las potencias correspondientes. El mero autocontrol de realizar o no una determinada acción particular no es el ser substancialmente libre. El ser libertad es el poder elegir, con el personal modo de ser, el propio destino sin restricciones. Un destino sin restricciones es el Absoluto. Lo inaudito de la libertad humana es que, siendo relativa, puede elegir con su ser el Ser Absoluto, un bien que la sobrepasa y al que paradójicamente aspira.

¿Y qué potencias impulsan tamaña aspiración?, o sea, ¿qué otros componentes esenciales constituyen el poder definidor de la democracia?: el diálogo y el amor. *El diálogo*, que es caminar racionalmente juntos hacia la verdad, a la verdad absoluta, a la que se aspira y se ama. Y *el amor*, que es el diálogo entre los que bien se quieren y

3 Por lo demás, las instituciones jurídicas, políticas y económicas consisten finalmente en *relaciones humanas* establecidas de algún modo por convención, convicción u obligación. No atendamos tanto a las fachadas o al aspecto impersonal de algunas instituciones, pues todas tienen rostro humano, aunque sea más o menos humanista.

que anhelamos como Reino definitivo de la gratuidad. En definitiva, la democracia, el ser persona demócrata, consiste en *vivir y autorrealizarse como persona de un pueblo, centrándose en el diálogo, el amor y la libertad*. Desde este núcleo crecerán unas instituciones y procedimientos públicos acordes y sólidos.

IV. EL REINO DE DIOS: EL DIOS DEMÓCRATA

Con lo dicho apuntamos a que *la democracia profunda se orienta al Absoluto*, a Dios. De suyo es así, sin que por ello se empañe el comportamiento demócrata de numerosas personas que se creen no creyentes⁴, ni se niegue la incoherencia de otras tantas personas religiosas «no democráticas». En todo caso, queda por explicar de qué orden es ese «Reino de Dios». Al paso vamos a aclarar sobre qué Dios hablamos, y evitaremos, así, un arbitrario enfoque confesional.

El Reino no es propiamente de este mundo. Dios no es un elemento más de él. En consecuencia, *no hay por qué reclamar la confesionalidad estatal o civil*, pero en quienes lo acogen, *impregna todo su quehacer moral y sociopolítico*. Lo que sí puede afirmarse razonadamente, es que *el modelo más equilibrado para respetar a la vez la majestad de Dios y la autonomía humana es el de Jesús de Nazaret*. Por un lado, el Dios que realmente lo sea, el Absoluto, no puede venir relativizado o marginado en cuanto a su señorío sobre el cosmos y la historia. Ambos son relativos, relativos a Él, pues lo relativo no puede depender sólo de sí mismo, sino que debe descansar en última instancia sobre el Ser incondicionado. Por otro, la persona humana es libre y su misma dependencia del Absoluto no mella su libertad, sino que la posibilita y enaltece. Pues bien, en uno y otro sentido el Dios de Jesús, Jesús mismo, da «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Yahvé es

4 Que nadie se extrañe, si lo piensa con detenimiento: en realidad *todos somos religiosos* de alguna manera, con más o menos sensatez, coherencia y corazón. Todos nos religamos o aferramos a algo como absoluto, pues todos buscamos la mayor felicidad posible, la absoluta. Aunque nos digamos desencantados.

el Señor incomparable de su pueblo, extendido por Jesús a toda la humanidad, y de la creación⁵. Él crea a su pueblo y el universo, los conduce y los atrae a sí. Pero esto no se realiza sin múltiples reveses y *el mismo Rey eterno se encarna, se hace pueblo y tolera que su mismo pueblo le asesine*. ¡Tamaña libertad le concede! Y porque es un auténtico Rey, no como muchos otros, *viene a servir* y no a ser servido. E invita a servir desde «abajo», desde los pobres, compartiendo su verdad en diálogo, su amor en entrega y acogida, y su liberación en salvación presente y eterna. Su Reino no es de este mundo ni en él se agota. Prescinde de anclarse en unas estructuras civiles políticas, que han de ser obra libre del hombre y que no deben imponer algo tan libre como el Reino. Aunque todos los ciudadanos fuesen católicos coherentes, las leyes civiles no tendrían que ser confesionales, pues *el Reino de Dios, Reino de Verdad, Amor y Libertad*, es una semilla en constante expansión que *ha de crecer «desde abajo», desde donde se puso el Rey Jesús*.

Ahora bien, si el Reino es de un orden propiamente *moral y transcendente*, no es que escape de las estructuras humanas visibles, sino que *se encarna en ellas paulatinamente sin violencias, conquistando primero los corazones*. No sigue el modelo islámico, tan respetable como creencia, de identificar religión, Estado y cultura; ni algunas desviaciones similares de cristianos, por suerte superadas y anacrónicas. Pero no lo olvidemos: las estructuras pasan, mas el Reino de Dios queda y avanza.

Como en tantas ocasiones, en nuestro caso aclarar los términos ha conllevado aclarar el problema. La respuesta se halla en que Dios, sobre todo contemplado desde Jesús, es crisol de paradojas y resulta, simultáneamente, Rey de reyes, Señor Absoluto del universo, y el más demócrata de los seres. Señor porque lo es. Demócrata porque se ha «abajado», se ha hecho pueblo y ha compartido más que nadie su poder, siendo el que más podía darlo desde su omnipotencia, y el que de hecho más lo da. Nadie como Él es la verdad, nadie como Él ama,

5 Sobre cómo Yahvé mantiene su *unicidad como Señor* de su pueblo, fundando así la *igualdad* dentro del pueblo y hasta del mismo rey humano, puede verse por ejemplo Dt 17, 14-20 e Ibáñez, A., «Los profetas y la política», en *Reseña Bíblica*, n. 1, 1994, pp. 14-17.

y nadie como Él es libre. Manteniendo su majestad trascendente, Dios ha hecho el pueblo haciéndose pueblo, y lo ha constituido un pueblo de reyes, al frente de la creación, y de iguales desde la fraternidad. Incluso Dios ha obedecido al hombre y le sirve sin cesar por puro amor. *Dios es el más demócrata y el fundamento de la democracia como fundamento de la verdad, del amor y de la libertad.* Siendo así, esto en absoluto impone que se tenga que declarar en documento legal alguno.

V. LA RACIONALIDAD DEMOCRÁTICA DE UNA FE Y DE LA TEODICEA

Aun siendo el modelo cristiano de Dios el más extendido, en principio no deja de ser un modelo más. Básicamente es común al judío y al islámico, pero se especifica y distingue por una sutil mayor cercanía e inmanencia divina, gracias a la Encarnación y a la Iglesia, junto a un mayor énfasis del trascender de la presencia divina en las cosas humanas, al desvincularse más de un particular ordenamiento jurídico-político. El abrazarlo plenamente consiste en acoger el don divino de la fe. Sin devaluar su sentido misterioso, hemos presentado *la razonabilidad del eminente carácter democrático del Dios de Jesucristo* y su lógico atractivo para personas de profundas convicciones democráticas. No entramos ahora en *las consecuencias eclesiológicas* para los discípulos y amigos de Jesús. En todo caso, la Iglesia no puede trastornar su naturaleza sanamente jerárquica procedente de la majestad de su Fundador, aunque sí debiera ahondar en su vivencia de valores democráticos y corregir algunas estructuras y normas.

Tampoco nos intrincamos en dos amplias cuestiones clásicas que reabren la pregunta por la democraticidad divina. La primera es la armonización de la libertad absoluta de Dios y la libertad relativa humana, o sea, en términos cristianos, de la gracia y las obras ⁶. Ya

⁶ Acerca de *la abrumadora gratuidad de Dios*, que nos libera del pegajoso pragmatismo, *vid.* el epílogo de Ellul, J., *The Politics of God and the Politics of Man*, Grand Rapids, 1972.

hemos señalado nuestra visión: *la libertad divina es condición de posibilidad y de culminación de la libertad humana*. Sin Dios no existiríamos y sin Dios nuestra libertad acabaría en la tumba. La segunda es la del papel político de las religiones, que algo hemos abordado para el ejemplar caso cristiano. Aquí, en suma, no se trata *ni de encerrar a Dios en la sacristía o al calor del incienso, ni de imponerlo, suponerlo o manipularlo, «teocráticamente»*.

En definitiva, Dios no se autorrealiza, ya que desde siempre está realizado, pero *Dios vive como ser personal de un pueblo, centrándose en el diálogo, el amor y la libertad*. Luego Dios es demócrata.

PABLO LÓPEZ LÓPEZ

Instituto IES J. M. Caballero Bonal.
Jerez

¿Cómo estamos olvidando poner frente a frente el término más sagrado de la actualidad, cual es el de *democracia*, y el que tradicionalmente más sagrado ha sido, el de *Dios*? Al preguntarnos si Dios es demócrata nos vemos obligados a buscar *el núcleo originario de la democracia*, pues claro es que Dios no se somete al procedimentalismo circunstancial de las instituciones democráticas. Este núcleo es el de *los valores morales de la persona humana en su vida social*. Desde esta perspectiva se da *una sintonía entre los valores centrales de la democracia, diálogo, amor y libertad, y los del relato judeocristiano sobre Dios, un relato impulsor de estos mismos valores*.